



SEMINARIO DIOCESANO
DE ASTORGA

Queridos amigos y familia del Seminario:

Cuando las paredes de la Capilla Mayor del Seminario comienzan a vestirse de azul, caemos en la cuenta de que la Solemnidad de la Inmaculada llama a las puertas de nuestro calendario. Los preparativos para celebrar la Fiesta de nuestra Patrona se aceleran. Nos disponemos a vivir estos días tan singulares, desde antiguo, en nuestro Seminario. La Novena, las Vísperas, los ensayos, las flores... todos los preparativos que rodean esta fiesta nos invitan a sentirnos, más aún, a ser de verdad lo que somos: seminaristas y sacerdotes de la Inmaculada.

Es cierto, nos encontramos en una situación especial, del todo extraordinaria, y eso también afectará a las celebraciones de este año. Pero *“lo más importante es que lo más importante sea lo más importante”*. La capilla sólo podrá acoger un 30% de su aforo, las celebraciones serán retransmitidas por YouTube, no podremos invitar a los amigos el día de la Fiesta y ni siquiera nuestras familias podrán disfrutar de la comida con nosotros. Pero nada de eso es *“lo más importante”*.

La Inmaculada, nuestra devoción a ella, las gracias que Dios quiera regalarnos por su intercesión y la acogida que cada uno estamos llamados a realizar de las mismas, permanecen inalterables a las amenazas de los virus y de los tantos por ciento. Estamos invitados a celebrar una novena y una fiesta centradas este año en *“lo más importante”* y esto puede ser en sí mismo una ocasión de gracia.

La Inmaculada de la Covid-19.

No cabe duda de que la situación desencadenada por la pandemia de la Covid-19 y sus consecuencias están marcando el momento que nos toca vivir en todas sus dimensiones. Las familias vivieron los meses del confinamiento con todas sus dificultades y, después del verano, también nosotros hemos experimentado las consecuencias en las clases, parroquias y en el mismo Seminario en Familia.

“La pandemia se ha convertido en un hecho social totalizante. No sólo ha afectado a la salud de la población, sino que ha trastocado todas las dimensiones de la existencia. Desde los aspectos sociales y económicos a los familiares y religiosos. Nada ha quedado inmune a los efectos de una pandemia que ha acelerado e intensificado procesos sociales existentes, como la desigualdad y la exclusión, y ha creado enormes campos de incertidumbre para una ética de la vida”.

“(…) Una crisis que se caracteriza fundamentalmente por haber generado una profunda herida en nuestra sociedad con tres síntomas: la limitación de derechos, el incremento de la desigualdad en la sociedad y la desvinculación de la moral”.

*Sobre la situación social creada por la pandemia,
Informe de la Comisión Episcopal de Pastoral Social y Promoción Humana
a la Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española
presentado el pasado 17 de noviembre*

C. S. Lewis, en su libro “Cartas del diablo a su sobrino”, dice, hablando de la Segunda Guerra Mundial (en Londres), que el tiempo de guerra no es el mejor para los demonios.

“Cuán desastroso es para nosotros el continuo acordarse de la muerte a que obliga la guerra. Una de nuestras mejores armas, la mundanidad satisfecha, queda inutilizada. En tiempo de guerra, ni siquiera un humano puede creer que va a vivir para siempre”.

“A los partidarios humanos del Enemigo, Él mismo les ha dicho claramente que el sufrimiento es una parte esencial de lo que Él llama Redención; así que una fe que es destruida por una guerra o una peste no puede haber sido realmente merecedora del esfuerzo de destruirla”.

Cartas del diablo a su sobrino, C.S. Lewis, Carta V.

¿Qué quiere decir? Cuando la gente vive bien, en situación de bienestar y comodidad, el demonio tiene muchas armas y muchas oportunidades para tentarnos. Casi siempre lo hace por los caminos de los placeres, las cosas vanas, el éxito y otras mundanidades. Sin embargo, cuando la gente está en situaciones límite, como una guerra o una pandemia, tiene poco tiempo para las frivolidades. Pareciera que las personas nos volvemos menos superficiales, caemos en la cuenta de que debemos darle importancia a las cosas que verdaderamente la tienen y relativizamos más fácilmente el resto. Los demonios tienen que buscar entonces otros caminos para tentarnos.

Una pandemia como la que estamos viviendo, puede ayudar a que una parte de la sociedad se pregunte por el sentido de la vida y por Dios. Pero no todos lo están haciendo.

En lo que podemos observar hasta el momento presente, la pandemia del coronavirus ha sido una realidad ambivalente. Hay familias que han aprendido en el confinamiento a dedicarse más tiempo, a jugar y convivir, y, disfrutando de estar juntos, se han querido más. Pero también hay familias en las que las dificultades se han presentado insalvables y se han roto. Hay personas que han aprovechado la mayor disponibilidad de tiempo para leer y formarse, pero hay muchos que han vivido mal la soledad y han crecido en adicciones.

Hay personas, cristianos, que han vuelto su pensamiento a Dios, han recuperado el hábito de rezar, han retomado la conciencia de la vida eterna y han crecido en la fe. Pero también hay cristianos que no han vuelto a Misa...

Ante la misma realidad, se dan reacciones diferentes y, a las tentaciones de frivolidad, el demonio ha atacado también con algunas alternativas: el desorden de vida y el miedo. El miedo que nace de una situación de desconfianza que, en último extremo, es también falta de confianza en Dios.

Ante esta situación y ante esta tentación, que todos podemos sentir, necesitamos reafirmar que: ¡No podemos tener miedo! El miedo es ateo, se olvida de que Dios ha prometido estar siempre con nosotros. Es importante, en este momento, que lo esencial no se olvide por lo circunstancial. La salvación de Jesucristo es lo esencial. La pandemia del coronavirus es circunstancial.

La pandemia nos sitúa en la verdad de lo que somos: hijos de Dios con una vida limitada y precaria, peregrinos hacia la vida verdadera, que es la vida de Dios, de la que Él mismo quiere hacernos partícipes para toda la eternidad. La circunstancia que atravesamos es una ocasión propicia para poner en ejercicio nuestra fe en la providencia y nuestra esperanza en la vida eterna.

La historia de la salvación y toda la historia de la humanidad, está llena de episodios de grandes calamidades, desastres naturales, guerras, pandemias... Es una historia de la fragilidad humana, que ha empujado a los hombres a buscar medios para librarse de las calamidades o atenuar sus consecuencias. En todas estas situaciones, Dios se ha mostrado siempre cercano: *“Clamaron al Señor en su angustia y los libró de la tribulación” (Sal 107)*.

La actitud del salmista es la que os invito a reproducir en nuestra oración durante los días de la Novena de este año. Con nuestras propias angustias, y haciéndonos cargo de las de tantos hombres y mujeres de nuestra sociedad, clamemos al Señor por medio de María, “Consoladora de los afligidos”.

Hemos seleccionado como temas de reflexión para cada día de la Novena las invocaciones de las Letanías Lauretanas que se dirigen a María y que mejor expresan situaciones de angustia o de necesidad: Madre de la esperanza, Virgen poderosa, Causa de nuestra alegría, Reina de la paz, Puerta del cielo, Salud de los enfermos, Auxilio de los cristianos, Torre de David, Consoladora de los afligidos. Entre estos títulos dirigidos a María, se encuentra uno de los que recientemente el papa Francisco ha introducido en las letanías, haciéndose cargo de la situación que atravesamos. En la carta en que se decretaban estas incorporaciones, se decía:

“Son innumerables los títulos e invocaciones que la piedad cristiana, a lo largo de los siglos, ha dedicado a la Virgen María, camino privilegiado y seguro para el encuentro con Cristo. También en el tiempo presente, atravesado por motivos de incertidumbre y desconcierto, el recurso devoto a ella, lleno de afecto y confianza, es particularmente sentido por el pueblo de Dios.

Como intérprete de este sentimiento, el Sumo Pontífice Francisco, acogiendo los deseos expresados, ha dispuesto que en el formulario de las letanías de la Bienaventurada Virgen María, llamadas «Lauretanas», se inserten las invocaciones «Mater misericordiae», «Mater spei» y «Solacium migrantium».

Nadie consuela como una madre. Nadie acompaña y anima como ellas. María es consoladora en la enfermedad y en las necesidades materiales, pero lo es también y sobre todo en la noche oscura del alma, en la miseria del que se aflige esclavo de sus pasiones y pecados. Os invito a experimentar estos días la dulzura de mirarla e invocarla: ¡María, consuelo de los afligidos, ruega por nosotros que recurrimos a ti!

La Inmaculada de lo importante.

La Novena y la Fiesta del Seminario son una tradición a repetir y a renovar. Repetimos lo que hemos heredado como un legado precioso y descubrimos que tiene el valor y el sabor de lo antiguo; renovamos lo que el amor no puede dejar morir porque hace nuevas todas las cosas. Al poner atención y cuidado a cada detalle externo y a cada celebración de estos días, estaremos dejando que la gracia de Dios, que hizo de María “La Inmaculada”, triunfe también en nuestras vidas.

Las cosas externas quieren ayudarnos a la vivencia interior. Si este año las circunstancias nos obligan a mermar los elementos externos de la fiesta, ¿no estaremos recibiendo una invitación a cuidar más las cosas internas? Si tenemos menos cosas que organizar, ¿no será una oportunidad para dedicar más ratos a estar con la Virgen y que ella nos lleve a Jesús? Si nos faltan reclamos exteriores, ¿podremos poner más atención a lo interior?

“Olvido de lo criado, memoria del Criador, atención a lo interior, y estarse amando al Amado y estarse amando”. La letrilla de san Juan de la Cruz expresa muy bien la actitud de la Inmaculada Virgen María que “guardaba todas estas cosas en su

corazón”, que fue dichosa por “escuchar la Palabra de Dios y cumplirla”, que siempre “escogió la parte mejor” y que supo estar “al pie de la cruz”.

La Novena de la Inmaculada debe ser vivida siempre en un clima de interioridad, de sencillez de corazón y abandono a la voluntad de Dios. Este año, podemos hacerlo de un modo especial. Ello nos ayudará a contrastar con la Madre cómo estamos respondiendo a la llamada del Hijo: llamada a la conversión y llamada al seguimiento. Atentos a las llamadas de Dios, debemos revisar nuestras respuestas que, para un seminarista, se concretan en el proyecto de vida y el proyecto del Seminario, que en cada etapa nos marca unas metas y nos propone unos retos en nuestra madurez humana, espiritual, intelectual y pastoral.

En nuestra atención a la vida espiritual y en nuestra dedicación al estudio, en el modo cómo nos queremos unos a otros y nos esforzamos por crecer en las virtudes, en nuestro apostolado y cultivo de un corazón misionero, en nuestra preocupación por los que sufren y en el desprendimiento de los bienes de este mundo... tenemos cotidianamente la posibilidad de decir cada uno “hágase en mí, según tu palabra”.

Sin duda, nos disponemos a celebrar la Inmaculada del año de la pandemia, esto no lo podemos evitar. ¿Podemos hacer, entre todos y cada uno, que ésta sea la Inmaculada de lo importante? ¿Seremos capaces de decir estos días muchos “fiat” al Señor y a María? Ojalá podamos recordar por esto la Novena de este año y no sólo por el virus dichoso. Tenemos por delante unos días preciosos para disfrutar de ser hijos de María Inmaculada.

Estos días han de serlo también de oración por las vocaciones. Como la Campaña del Día del Seminario no pudo celebrarse en Marzo, la Conferencia Episcopal la ha trasladado justamente a la fiesta de la Inmaculada. Os pido que cada día recemos por nuestros Seminarios y por las vocaciones: por la perseverancia de los que habéis respondido, por la valentía de los que estáis en discernimiento, y por aquellos que son y serán llamados. Además, debemos interceder durante estos días por el proyecto *Vivit* que nuestro Obispo ha lanzado a los jóvenes de nuestra Diócesis. Si queremos a la Virgen y queremos a nuestro Seminario, tenemos que experimentar el deseo activo de ser más. Un deseo que nos mueva a ser testigos, apóstoles e intercesores.

La Inmaculada del Seminario.

Hace poco más de un mes, vivimos todos con inmenso gozo la ordenación de diácono de Álvaro. Una vez más, vimos cómo los seminaristas de nuestra Diócesis son revestidos de dalmática azul el día de su ordenación diaconal, en honor y memoria de la Patrona de nuestro Seminario. Ese día, y ya en la vigilia y la velada, comprobamos de nuevo que quien es fiel y responde a la llamada, experimenta una alegría que no se puede describir.

Esa respuesta de Álvaro y de todos los que la hemos dado antes, no se improvisa. Se prepara desde mucho antes. También en la Novena y en la Fiesta de la Inmaculada de cada año. Os invito a todos: vivid estos días con un cariño y una disposición espiritual intensos. Estad alegres, tomad con interés los ensayos y poned atención y delicadeza en los preparativos. Adornad un poco la imagen de la Virgen que tengáis en vuestra habitación, ponedle una flor o una vela y dadle un beso cada día durante la Novena. Vivid la Santa Misa y escuchad con el corazón abierto las predicaciones. Rezad mejor el Rosario, preparad una buena confesión, cuidad de ese defecto que a cada uno le hace tropezar.

Sí, todo esto es ser seminarista, todo esto es tener devoción a la Inmaculada, todo esto es ir preparando el 'sí' que un día daréis los llamados cuando os vistan con la dalmática azul. Cuando cantemos "llévanos contigo a Cristo, para seguir su llamada", que nuestras voces proclamen con entusiasmo la verdad de lo que nuestro corazón desea.

Luego llegará la vacuna, se superará la crisis, algún día nos quitaremos las mascarillas. Pero, de momento, vamos a aprovechar las circunstancias para vivir con intensidad lo verdaderamente importante. Nada ni nadie podrá quitarnos esa alegría. Como Álvaro nos dijo al final de su ordenación: "lo que de verdad necesita el mundo no es la vacuna del coronavirus sino encontrarse con Jesucristo". Éste es el verdadero consuelo que la Virgen quiere regalarnos estos días porque no hay mayor aflicción que la de vivir como si Dios no existiera.

Que la belleza de María Inmaculada nos encienda en amor a Jesucristo y en deseos de que su corazón sea conocido y amado en todas partes. La causa de la Inmaculada sea nuestra causa. En todo ,amar y servir.

Felices días. Feliz Fiesta del Seminario. Gloria y honor a la Santa Trinidad y a la Virgen María en el misterio de su Santa e Inmaculada Concepción.

Enrique Martínez Prieto
Rector del Seminario Mayor

ORACIÓN PARA LA NOVENA

Oh María, tú resplandeces siempre en nuestro camino
como signo de salvación y de esperanza.
Confiamos en ti, Salud de los enfermos,
que, junto a la cruz, te asociaste al dolor de Jesús,
manteniendo firme tu fe.

Tú, salvación del pueblo de Dios,
sabes lo que necesitamos
y estamos seguros de que proveerás para que,
como en Caná de Galilea,
pueda volver la alegría y la fiesta,
después de este momento de prueba.

Ayúdanos, Madre Inmaculada,
a conformarnos a la voluntad del Padre
y hacer lo que nos diga Jesús,
que ha tomado sobre sí nuestros sufrimientos
y se ha cargado con nuestros dolores
para llevarnos, a través de la cruz,
a la alegría de la resurrección.

Bajo tu amparo nos acogemos, santa Madre de Dios;
no deseches las oraciones que te dirigimos
en nuestras necesidades,
antes bien, líbranos de todo peligro,

¡Oh Virgen gloriosa y bendita! ¡Amén!